



AISLING FOWLER

Esta es Doce.
La Promesa cambió
su nombre.
Ella cambiará
el mundo.

LA NIÑA DE FUEGO

DOCE Y EL BOSQUE DE HIELO

HarperKids

ÍNDICE

PORTADA
CRÉDITOS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54

Título original: *Fireborn. Twelve and the Frozen Forest*
Editado por HarperCollins Ibérica, S. A., 2022
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

harpercollinsiberica.com

© del texto: Aisling Fowler, 2021
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Sophie Medvedeva, 2021
© del mapa: Virginia Allyn, 2021
© de la traducción: Sonia Fernández-Ordás, 2022
© HarperCollins Children's Books, editorial de HarperCollinsPublishers Ltd.
HarperCollins Publishers 1 London Bridge Street London SE1 9GF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Adaptación de cubierta: equipo HarperCollins Ibérica
Maquetación: Vicente Gómez

ISBN: 978-84-18774-24-9
Depósito legal: M-30986-2021

Composición digital: www.acatia.es

Para Ben, mi mayor apoyo e inspiración



PRÓLOGO

Prometo dedicar mi vida al Fuerte de los Cazadores, juro servir a cada uno de los siete clanes como si fuera el mío, protegerlos de lo que pueda acecharlos.

Renuncio a todos los lazos de sangre y enemistades familiares para ofrecer en sacrificio mi nombre y mi pasado.

Desde hoy y para siempre, los Cazadores son mi familia.

Juro en su presencia nunca bajar mis armas ante la oscuridad, ni permitir que la tiranía se imponga.

CAPÍTULO 1

La oscuridad del cielo sobre el Fuerte de los Cazadores no presagiaba nada bueno y el aire traía olor a nieve. Doce observó el rápido movimiento de las nubes con sus ojos color gris tormenta y se arrebujó en las pieles mientras golpeaba la nieve con los pies para no quedarse fría. El parloteo de sus compañeros llenaba el aire que la rodeaba y Doce los miró con cara de mal humor, intentando contener su impaciencia.

—¡Por el amor del cielo! —gritó la maestra de armas, Victoria, mientras recorría el grupo con la mirada—. Si ni siquiera podéis levantarla, ¿cómo demonios la vais a blandir? ¡Todos los que no seáis capaces de levantar el arma por encima de la cabeza, devolvedla al arsenal inmediatamente y cambiadla por otra más ligera!

Varios alumnos desaparecieron a toda prisa, y la expresión de enfado de Doce se acentuó. Pero no valía la pena perder los nervios en clase. Victoria tenía más predisposición a castigar a los alumnos con guardias nocturnas o con las temidas mazmorras que los demás Cazadores. Además, la clase parecía interesante, si es que llegaba a desarrollarse como estaba previsto: el campo de entrenamiento, cubierto de nieve en polvo, estaba salpicado de tocones de madera que prometían algo fuera de lo normal.

—¡Por toda la escarcha! —gritó Victoria mientras los alumnos iban regresando a cuentagotas—. Si no sois capaces de daros más prisa, os convertiréis en presa fácil de cualquier criatura que os encontréis desde aquí hasta el Bosque de Hielo. —Se hizo un silencio nervioso sobre la

clase congregada—. Los más avispados ya habréis identificado el objetivo de hoy —continuó Victoria, aunque su desconfianza era patente—, lucharéis en parejas subidos a los tocones para mejorar vuestro equilibrio y juego de pies. No quiero ver ningún pie en el suelo.

Doce estuvo a punto de esbozar una sonrisa, henchida de ilusión. Iba a ser todo un reto.

—Si no domináis los ejercicios que hicimos la semana pasada, lo vais a pasar muy mal —aseguró Victoria, su mirada se detuvo en algunos de los alumnos más jóvenes, visiblemente nerviosos—. Ahora formad parejas y empezad la secuencia de ataque de ayer. Recordad: ¡siempre en guardia!

Como de costumbre, todos se apresuraron a alejarse de Doce para formar las parejas. Ella hizo un gesto de hastío. Si les daba demasiado miedo pelear contra ella, era problema de sus compañeros, no suyo. Dirigió la mirada hacia los edificios, tan familiares. La cocina, el comedor, los establos, el arsenal y la residencia rodeaban el campo de entrenamiento octogonal donde se encontraba. Todos ellos eran estructuras robustas que habían resistido la fuerza de los elementos durante siglos, pero que parecían pequeños comparados con las murallas defensivas que se elevaban a su alrededor. Hasta la casa del Consejo de Ancianos, con mucha diferencia el edificio más majestuoso con sus preciosas columnas labradas, parecía casi de juguete a la sombra de aquellas murallas. Muy por encima de la cabeza de Doce, las dos pasarelas formaban dos elegantes arcos entre los muros. Dividía en cuatro el cielo sobre el octógono y permitía una visión de muchos kilómetros a los Cazadores que montaban guardia.



—Doce —dijo Victoria con expresión glacial—, ¿otra vez sin pareja? —Se oyeron unas risitas disimuladas. La maestra de armas frunció el ceño y bajó la voz—: Si

entrenas sola, no podrás avanzar mucho. Necesitas un contendiente digno para ponerte a prueba.

Escrutó el rostro de Doce con sus ojos azules, perspicaces y expectantes.

Un apretón en el brazo reprimió la respuesta de Doce.

—Y-Y-Yo entrenaré contigo —se ofreció Siete, con buen cuidado de evitar la mirada de la maestra de armas.

El suspiro de Victoria al alejarse lo decía todo.

—Que se queden juntas las raritas —murmuró alguien.

Doce se volvió como un rayo para enfrentarse a sus compañeros con las mejillas encendidas, pero quien lo había dicho había desaparecido en el interior del grupo.

La niña paliducha y pelirroja que se había acercado a ella sonrió y Doce soltó un gemido. Combatir contra Siete era peor que entrenar con un muñeco de paja. Su periodo de concentración duraba menos que el de un pajarillo y sus habilidades con cualquier arma eran bastante dudosas, por decirlo de modo suave. Para colmo, aunque debía de tener unos trece años, la misma edad que Doce, su constitución era la de una niña mucho más pequeña. A su lado, Doce se sentía como un gigante. Esta diferencia de envergadura las hacía especialmente incompatibles, y sin embargo a menudo terminaban emparejadas. Sus compañeros las evitaban. Siete era rarita; Doce les daba miedo.

La mayoría de los tocones ya estaban ocupados, así que las dos chicas atravesaron el campo de entrenamiento hacia una zona menos concurrida.

—¿D-D-Dónde está Chispa? —preguntó Siete mientras caminaban—. Hoy no la he visto.

Chispa era la ardilla de Doce, pero en realidad había sido Siete quien la había encontrado cuando se cayó del nido siendo una cría. En lugar de quedarse con ella, se la había regalado a Doce, algo que esta nunca había entendido.

—No estoy segura —respondió encogiéndose de hombros—. Ya sabes que va y viene a su antojo.

Se mordió la lengua para no seguir hablando.

Siete hizo un gesto de asentimiento y desenvainó la espada con torpeza. Doce se llevó las manos a los hombros para alcanzar las empuñaduras de sus dos hachas. Su confianza aumentaba cuando las tenía en las manos y saltó con agilidad al tocón que estaba más cerca.

—¿Empezamos? —preguntó.

Siete soltó un resoplido de risa al tiempo que saltaba de un tronco a otro para probarlos.

—Un poco inseguros, ¿no?

—De eso se trata —le espetó Doce, incapaz de hablar en tono más suave—. ¿Podemos empezar ya?

Risas escandalosas, gritos de sorpresa y el sonido metálico de las espadas resonaban por todo el campo de entrenamiento, pero Doce solo necesitaba blandir un hacha para que Siete soltara el arma o se cayera del tronco. Al final, terminó entrenando sola mientras Siete la observaba sentada.

«Giro, golpe, finta, bloqueo, ataque, quiebro». Doce repasó su rutina cada vez más deprisa hasta que las hachas se convirtieron en un torbellino de destellos. Notaba un calor insoportable enfundada en las pieles, pero no alteró el ritmo, disfrutaba el reto de mantener el equilibrio sobre los precarios troncos.

—¡C-C-Cuidado! —exclamó Siete de pronto.

De inmediato, su grito fue seguido por un aullido y un golpe.

Doce se volvió para ver a un chico alto, de pelo oscuro, extendido en el suelo. Sofocado y furioso, escupió un bocado de nieve sucia. Era Cinco, la persona que peor le caía del fuerte, aunque en reñida competencia con muchas otras.

—Est-t-taba acechándote por la espalda —dijo Siete con un gesto desafiante en el pálido rostro.

Cinco se puso en pie y la miró desde su posición mucho más alta.

—Estamos en clase de combate, idiota. Obviamente, tenemos que luchar. —Su mirada se clavó deliberadamente en la debilidad del porte de la niña y el modo incorrecto en que empuñaba la espada—. Bueno, aquellos que sabemos hacerlo.

—¿Como tú, quieres decir? —bufó Doce.

—Todos sabemos que soy yo quien mejor maneja la espada —dijo Cinco encogiéndose de hombros—. Me pareció que podría ayudarte, Doce. Ya sabes, a poner a prueba tus reflejos. Al fin y al cabo, las criaturas de la oscuridad no anuncian su presencia.

—No estabas intentando ayudar —corrigió Siete en un tono más alto de lo que era habitual en ella—. Q-Q-Querías hacerle daño. Lo vi en tu cara.

—¿En serio? —se mofó Cinco con una mirada de suficiencia—. ¿Y también viste mis pensamientos? ¿Viste con toda claridad qué estaba pensando? ¿Quién iba a suponer que había una persona con tanto t-t-talento entre nosotros?

Los alumnos que se encontraban cerca estallaron en carcajadas y se acercaron poco a poco mientras Siete hacía una mueca de sufrimiento. Una repentina y ciega oleada de rabia invadió a Doce. Saltó del tronco empuñando las hachas con firmeza.

—Hablando de talento —dijo, e intentó que la voz no reflejara su ira—, ¿tú tienes alguno, aparte de ser odioso? —Cinco entornó los ojos, pero ella siguió hablando—: No eres el que mejor maneja la espada ni tampoco la mitad de gracioso de lo que te...

Cinco avanzó un paso hacia ella al mismo tiempo que un chico fornido con el pelo color arena se abría paso a codazos entre los demás alumnos.

—Creo que ambos deberíais tranquilizaros —afirmó Seis y agarró a Cinco del brazo para apartarlo.

Era el mejor amigo de Cinco, más sereno y menos desagradable, pero, aun así, Doce lo miró con fiereza.

—¡Yo siempre siempre estoy tranquila! —exclamó con mucha más vehemencia de lo que pretendía.

Seis le sonrió y la miró con ojos brillantes y risueños.

—Ya lo veo.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Victoria resonó dura y cortante mientras avanzaba a zancadas hacia los alumnos apiñados—. ¡Volved al entrenamiento ahora mismo!

El grupo no se habría disuelto con más rapidez ni aunque un lobo invernal hubiera saltado sobre ellos.

—Gracias —dijo Siete cuando Cinco y Seis se escabulleron.

—¿Por qué? —preguntó Doce.

—P-P-Por defenderme como lo has hecho.

Doce fue incapaz de contestar con una respuesta cortante; la cara de Siete mostraba tanta afabilidad, con aquella sonrisa que le marcaba los hoyuelos de las mejillas... Durante un instante, le recordó muchísimo a... Doce desterró de inmediato aquel pensamiento de su cabeza, nunca era buena idea pensar en la vida anterior al fuerte. De todos modos, sin poder contenerse, sintió que los labios se le curvaban para devolverle la sonrisa.

Le dio la espalda, sorprendida consigo misma, y se subió a su tronco de un salto.

—Tú me defendiste primero —dijo sin mirarla—. De todos modos, Cinco debería estar agradecido. Cargar todo el tiempo con ese ego debe de costar lo suyo. Si he

conseguido empequeñecerlo, aunque solo sea un poco...

Antes de que a Siete le diera tiempo a contestar, llegó Victoria con una expresión de enfado.

—¿Qué haces ahí subida sin moverte, Doce? —le espetó—. ¡Continúa con tu entrenamiento!

La maestra de armas se quedó allí, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, mientras Doce repetía su rutina sin un solo fallo, hasta que una piedrecita rebotó contra su mejilla, haciéndole daño.

—¡Ay! —exclamó Doce, tambaleándose sobre el tocón por primera vez.

Victoria ladeó la cabeza con una mirada crítica y entrechocó más piedrecitas en la mano, haciéndolas resonar.

—Deberías haberla visto y reaccionado a tiempo. Siempre en guardia, Doce.

Esta se quedó mirándola. ¿En serio acababa de tirarle una piedra la maestra de armas?

—Cinco tenía razón, ¿sabes? —dijo la mujer, con la mirada clavada en Doce—. Las criaturas de la oscuridad no anuncian su presencia, tampoco te conceden una segunda oportunidad. Vuelve a empezar.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las hachas.
Y tiró otra piedrecita.

CAPÍTULO 2

Doce notó el aguijonazo de otras doce piedras antes de ser capaz de esquivarlas con seguridad, sin perder el equilibrio.

—¡Bien! Mucho mejor —dijo la maestra de armas con una sonrisa.

Depositó las piedrecitas en la mano de Siete y se alejó con paso firme mientras de los labios le brotaban reproches dirigidos al siguiente grupo.

Siete miró a Doce, boquiabierta.

—¿Ac-c-caba de sonreírte?

Sobre sus cabezas, el cielo iba oscureciéndose a medida que avanzaba la tarde invernal. Los Cazadores recorrieron con rapidez la sombría base de las murallas para encender las antorchas; sus pasos crujían sobre el suelo helado y sus sombras proyectaban una extraña danza que Doce atisbó por el rabillo del ojo. En lo alto, el fuego hizo cobrar vida a los braseros de las pasarelas. Descendió la temperatura y se escaparon unos tímidos copos de nieve. Ante sus caras rojas de frío brotaban nubecillas de aliento, y se calaron los gorros de piel para protegerse las orejas heladas. Sobre el campo de entrenamiento, comenzaron a flotar apetitosos olores que comunicaban a los alumnos que se acercaba la hora de la cena. La energía del grupo disminuyó notablemente.

—Ya basta por hoy —anunció Victoria, reuniendo a la clase a su alrededor—. No puedo decir que me hayáis impresionado muchos de vosotros, así que repetiremos estos ejercicios hasta que lo logréis. Devolved las armas al

arsenal y preparaos para cenar dentro de media hora. Recordad: siempre en guardia. —Reservó su mirada más intensa para Siete—. Siete, quiero hablar contigo.

Al volverse, mientras se dirigía al depósito de armas, Doce supuso que Victoria estaba echando una bronca a Siete por no haber participado. La niña parecía disgustada. Por un instante, Doce pensó en esperarla, luego sacudió la cabeza para borrar, con cierto sentimiento de culpa, la imagen de los hombros caídos y la expresión de abatimiento de su compañera.

El arsenal era un edificio bajo y alargado, el favorito de Doce. Había algo reconfortante en el olor a acero, a madera pulida y a cuero hervido de la armadura que llevaban durante el entrenamiento. En la penumbra se sucedían una hilera tras otra de lanzas, hachas y espadas relucientes, mientras que en el fondo se encontraban las armas menos convencionales: estrellas de la mañana, manguales y martillos de guerra.

Alcanzó una de las antorchas encendidas de la pared junto a la puerta y recorrió las filas de arcos que tan bien conocía hacia el lugar donde se guardaban sus hachas, encogiéndose para pasar entre sus compañeros que reían terminada la clase. Al pasar ante un estante alto lleno de flechas, oyó la voz de Cinco al otro lado:

—Es que me pone malo. ¡Todos los días es desagradable y cortante! Si de mí dependiera, la echaría así de rápido. —Y chasqueó los dedos.

—Ya, pero no depende de ti —apuntó Seis—. Y sabes que los Cazadores no lo harán. ¿Adónde iría? ¿Adónde iríamos todos? —Su tono de voz reflejaba una melancolía que estremeció a Doce—. Además, hoy empezaste tú y me parece que saliste bastante bien parado.

—Uff, eres demasiado sensato —refunfuñó Cinco—. ¿En serio no te molesta? Hemos renunciado a nuestras familias, a nuestros hogares, incluso a nuestros nombres para estar aquí. Y a cambio tenemos que soportarla, la peor de todo Ascuá. Aunque aún tuviera familia, está clarísimo que no la querrían de vuelta. Es terrible, una auténtica merodeadora de las cavernas.

—¡Cinco! —bufó Seis.

El baúl junto al cual se encontraban chirrió cuando Doce lo empujó con todas sus fuerzas con expresión tensa y un frenético tic nervioso en la barbilla. Cinco iba a pagar por lo que había dicho. El baúl se tambaleó y crujió al inclinarse hasta un punto de no retorno para estrellarse contra un estante para guardar lanzas.

Cinco y Seis saltaron hacia un lado justo a tiempo. Se libraron por un palmo de ser alcanzados por una cascada de flechas y pesados estantes. Los pasillos se llenaron de gritos de alarma y sorpresa cuando cada uno de los estantes se vino abajo sobre el siguiente. Las armas entrechocaron, la madera se resquebrajó y los alumnos chillaron.

Se oyó perfectamente a Doce tragar saliva en el silencio de estupefacción que sobrevino a la caída del último estante. Ante ella se extendía una larga estela de devastación total.

—¡Por toda la escarcha, Doce! —murmuró Seis entre dientes, levantándose del suelo—. ¿Qué te pasa?

—¿Eso lo ha hecho Doce? —La cara de Cinco apareció junto a la de Seis, con expresión de malicia bajo la luz parpadeante de la antorcha—. ¡Ja! ¡Ahora sí que te has metido en un buen lío!

Su gesto de triunfo era más de lo que Doce podía soportar. Dio un paso adelante, preparada para saltar sobre él por encima de los estantes rotos.

—¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ? —El rugido de Victoria resonó como un viento gélido que hizo enmudecer a todos.

Luego, en una confusión de voces, todo el mundo se puso a hablar a la vez. Un instante después, la maestra de armas estaba ante Doce, temblando con furia contenida.

La niña se irguió y levantó el mentón con gesto desafiante.

—Ni siquiera me voy a molestar en hacer preguntas — bramó Victoria mientras repasaba aquel estropicio con la mirada. Una vena de la sien comenzó a latirle de forma inquietante. Tomó una bocanada de aire entrecortadamente y agarró el brazo de Doce con tal fuerza que le hizo daño—. Derecha a los Ancianos contigo. Otra vez.

—Cinco dijo que era una merodeadora de las cavernas —explicó Seis muy serio, y volvió la espalda a su compañero con decisión—. Por eso lo hizo.

Un murmullo escandalizado recorrió la masa de alumnos y Victoria hizo un sonido de disgusto.

—Cinco, ¿es eso cierto?

Este se adelantó arrastrando los pies y dirigió a Seis una mirada ofendida antes de decir, medio encogiéndose de hombros, medio asintiendo en tono contrito:

—Sí, pero bueno, solo...

—¡Silencio! No me importa por qué hicisteis lo que hicisteis. ¡Seguidme y no digáis ni una sola palabra!

Victoria soltó el brazo de Doce y empezó a andar a grandes zancadas, obligando a Doce y a Cinco a mantener un trote muy poco digno a su espalda.

En el exterior del arsenal, la nieve caía con más fuerza y las ventanas mostraban un resplandor anaranjado, dando a los edificios una apariencia engañosamente hospitalaria.

Algo se posó con suavidad en el hombro de Doce al traspasar el exiguo umbral y recuperó un poco el ánimo cuando Chispa, su ardilla, se le acurrucó dócilmente contra

la mejilla. Su pelaje color castaño relucía como el cobre bajo la luz tenue, tenía los ojos brillantes y una poblada cola.

—Hola —susurró Doce—. ¿Dónde has estado?

Chispa le lamió la oreja a modo de saludo y gorjeó de felicidad en cuanto su dueña le ofreció un puñado de frutos secos que llevaba en el bolsillo. Tras metérselos todos en la boca hasta llenarse las mejillas, bajó al cuello de su ama, se introdujo bajo las pieles e inmediatamente empezó a roncar.

—¡No os quedéis rezagados! —espetó Victoria, muy enfadada.

La nieve recién caída crujía bajo sus botas al atravesar el campo de entrenamiento a paso ligero en dirección a la casa del Consejo, lanzando miradas furiosas a la cocina. El estómago de Doce retumbó, y, con el corazón encogido, se dio cuenta de que, a diferencia de Chispa, probablemente no iba a cenar nada. Con un suspiro, volvió a colocarse las hachas en las fundas a su espalda y siguió a Victoria sin ganas.

—No sé qué demonios te hace suspirar —susurró Cinco, furioso—. Obviamente, es culpa tuya. —Se volvió y alzó la voz—: ¡Y tampoco sé qué te has quedado mirando!

Siete inclinó la cabeza, a punto de caerse del tronco, cuando pasaron al trote ante ella. Era evidente que Victoria la había mandado quedarse entrenando durante la cena. Con un gruñido de arrepentimiento, Doce vio que su compañera estaba cometiendo mil fallos tambaleantes a la vez. Peor aún, estaba imitando la rutina de Doce con las dos hachas, sin tener en cuenta que su arma era una espada.

«Más erguida esa espalda», la instó en silencio e hizo una mueca de dolor cuando Siete se cayó una vez más al suelo helado y duro como una piedra. Abrió la boca para

animarla, pero la cerró de golpe. No estaba allí para hacer amigos, solo conseguiría complicar las cosas. Respiró hondo varias veces para calmarse mientras subía los escalones de la casa del Consejo detrás de Victoria.

Las majestuosas puertas de doble altura estaban talladas con escenas de batallas de cacerías legendarias. Al otro lado estaba el Gran Salón, el espacio más regio del Fuerte de los Cazadores.

Sus paredes revestidas de madera exhibían armas antiguas y sobre las chimeneas lucían cabezas de criaturas abatidas. Lobos invernales, ogros y otras bestias extrañas la miraron amenazadores con sus relucientes ojos de cristal. Doce parpadeó para adaptar la vista a la luz de la estancia, después se estremeció. Era un espacio imponente, concebido para impresionar a los escasos visitantes con las hazañas de los Cazadores.

A diferencia del resto del Fuerte de los Cazadores, la casa del Consejo estaba iluminada con piedras lunares en lugar de antorchas. Engastadas en el techo, las pequeñas piedras resplandecían por la noche y lo bañaban todo con su misteriosa luz plateada. Antes de llegar al fuerte, Doce apenas creía en su existencia. Las piedras lunares eran como las brujas: a menudo se hablaba de ellas, pero nadie las veía. La gente que las extraía de las minas casi nunca las vendía. Le dio un vuelco el corazón al acordarse de pronto del Clan de las Cavernas. La irritaba que tuvieran acceso a aquellas maravillas. Se apresuró a desterrar aquel pensamiento de su mente, antes de que comenzaran a aflorar recuerdos desagradables.

Victoria se sacudió la nieve de las botas con un par de pisotones y los hizo subir un tramo de escaleras. Unas mullidas alfombras de pelo largo enviadas por caravanas del desierto en señal de gratitud amortiguaron sus pasos. Más piedras lunares resplandecían en el largo pasillo

donde cada uno de los tres Ancianos tenía su residencia. A Doce se le encogió el corazón cuando Victoria los condujo hacia la puerta que se encontraba más lejos. Los iba a llevar ante la Anciana Plata. Para distraerse, Doce observó los regalos enviados por distintos clanes, cada uno de ellos colgado cuidadosamente en las paredes: zancos recubiertos de piel de rana del Clan de las Ciénagas; un timón sofisticado y enorme del Clan de los Ríos; una capa hecha de corteza suave como un pelaje de animal de los habitantes del Bosque, y unas alas para planear cubiertas de vistosas plumas del Clan de las Montañas.

Doce lo observó y se empapó de todo ello, incluso al detenerse ante la puerta del cuarto de Plata. Chispa se despertó en su nido de pieles. Asomó la cabeza por el cuello para enterarse de dónde estaba y gimió desconsolado. Doce no pudo por menos que secundar su queja con un suspiro cuando Victoria llamó a la puerta y esta se abrió.

CAPÍTULO 3

—¿Victoria? —La Anciana Plata era una figura imponente, alta y enjuta. Cada uno de sus movimientos desprendía una agilidad y una gracia sorprendentes para su edad. Llevaba el pelo recogido en unos delicados moñetes blancos que apenas conseguían suavizarle los rasgos del rostro. Tenía la nariz afilada y algo aguileña, los labios finos y los ojos inquietantemente claros, del mismo azul que un lago helado. Aquella mirada pálida recorrió el grupo que tenía ante ella y se detuvo en Doce—. Vaya.

La decepción era palpable en la voz de la mujer. Doce se mordió los labios y luchó contra la oleada de vergüenza que la invadía. Chispa volvió a cobijarse entre las pieles, ocultándose de la vista de la Anciana.

—Sí —dijo Victoria, visiblemente irritada—. Otra vez problemas con estos dos. ¿Puedo pasar?

Plata asintió y se hizo a un lado.

—Vosotros esperad aquí —gruñó Victoria sin mirarlos antes de cerrar la puerta.

Cinco se apoyó en la pared a un lado de la puerta y Doce al otro. Ambos pusieron buen cuidado en ignorarse y se esforzaban por escuchar el murmullo de voces del interior.

—¡Pasad! —ordenó Plata minutos después.

Cinco adelantó a Doce con un codazo y la chica contuvo las ganas de empujarlo con todas sus fuerzas.

El estudio era grande y diáfano, con las paredes de piedra casi desnudas. Un trío de ventanas rematadas en arco dominaba el campo de entrenamiento mientras un fuego ardía alegremente en la chimenea. Sobre la repisa

colgaba la cabeza de un enorme ygrex, con sus cuernos despiadados y colmillos finos como agujas relucientes. Había dos sillones de cuero frente a las llamas, pero Plata se sentó en la incómoda silla de la mesa enorme de despacho. Doce conocía a la Anciana lo suficiente como para saber que aquello era una mala señal.

—Vaya historia me ha contado vuestra maestra de armas —dijo Plata sin rodeos y apoyó las yemas de los dedos sobre la mesa mientras Doce y Cinco se situaban frente a ella—. Fue una suerte que nadie resultara herido, pero Victoria me advierte de que el arsenal ha sufrido daños considerables.

—Horas de reparación —rezongó Victoria.

—Fue Doce —se apresuró a decir Cinco—. Yo no hice nada, de verdad.

Doce se esforzó por contener la risa. No había nada que molestara más a Plata que alguien intentara zafarse de su responsabilidad. Parecía que Cinco no aprendía.

Plata le dirigió una mirada glacial y la pose desafiante del chico se debilitó.

—¿No hiciste nada? —preguntó en un tono inquietantemente suave—. Dice Victoria que insultaste de manera explícita al Clan de las Cavernas.

Cinco tragó saliva, pálido como la nieve.

—Sí —reconoció con voz ronca—, pero..., hum..., tenía motivos.

—¿A saber...? —Plata permanecía inmóvil, con la vista clavada en Cinco.

—Doce..., eeh..., pues...

Doce se permitió un leve temblor en una comisura de la boca. Estaba disfrutando del momento más de lo que se imaginaba.

—¡Mírela! —exclamó Cinco, recuperando el color en el rostro—. ¡Otra vez esa sonrisita de suficiencia! ¡Mira a todo el mundo con desprecio, obviamente se cree la mejor! Es insoportable y...

—Silencio. —Plata no levantó la voz, pero, aun así, a Doce se le erizó la pelusilla de la nuca.

Cinco hizo un sonido gutural, como si estuviera atragantándose con sus propias palabras.

—Entonces, para aclararnos, ¿la personalidad de Doce te obligó a decirlo? —Si Plata hubiera hablado con más frialdad, el aire que los rodeaba se habría congelado.

Cinco se pasó la lengua por los labios e hizo un ruido como un ratón al que acaba de atrapar un gato.

—Recita la Promesa —le ordenó Plata, con las yemas de los dedos blancas por la presión.

Cinco pestañeó sorprendido y tosió para intentar disimular su desconcierto. La Promesa se recitaba cada mañana a la hora del desayuno y cada noche a la hora de la cena, pero no era habitual oír la fuera de esas horas. Habló de forma atropellada, recitando maquinalmente tras años de repetición:

*Prometo dedicar mi vida al Fuerte de los
Cazadores, juro servir a cada uno de los siete
clanes como si fuera el mío, protegerlos de lo que
pueda acecharlos.*

*Renuncio a todos los lazos de sangre y enemistades
familiares para ofrecer en sacrificio mi nombre y mi
pasado.*

*Desde hoy y para siempre, los Cazadores son mi
familia.*

*Juro en su presencia nunca bajar mis armas ante la
oscuridad, ni permitir que la tiranía se imponga.*

En medio del silencio que sobrevino a la última sílaba, un tronco se movió y las chispas ascendieron por la chimenea formando un remolino. Doce contuvo un estremecimiento.

—«Renuncio a todos los lazos de sangre y enemistades familiares» —repitió Plata, pensativa—. ¿Qué significa eso para ti, Cinco?

—Olvidarnos del clan al que pertenecemos y aceptar a todos por igual —respondió con un leve temblor en la voz.

—Exactamente —repuso Plata, sucinta y concisa—. Es la regla más importante y difícil del fuerte: no mencionar nunca nuestra vida pasada, no hablar nunca de los clanes y familias que en otro tiempo nos fueron queridos. Es el sacrificio definitivo, pero vital para la relación de confianza entre fuerte y clanes. ¿Pondrías todo eso en peligro solo por insultar a una compañera que te cae mal?

Cinco abrió la boca para contestar, pero Plata lo cortó y siguió hablando con la voz trémula de emoción mal contenida:

—Si se corre la voz de estos incidentes por Ascuá, ¿crees que los clanes nos seguirán convocando a sus aldeas para cazar las criaturas de la oscuridad que las asolan? ¿Que nos creerían imparciales? ¿Que confiarían en nosotros para arbitrar sus disputas con neutralidad? ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en volver a estallar la guerra? —La Anciana movió la cabeza disgustada—. Recitas las palabras de la Promesa sin pensar lo que dices, sin meditar qué significan. Te sugiero que pongas remedio inmediatamente. —Inspiró hondo—. Me gustaría hablar a solas con Doce unos minutos. Puedes esperar fuera mientras decido tu castigo.

Cinco tragó saliva y salió a toda prisa, pálido como la cera.

—Este chico... —suspiró Victoria—. Se cree que el mundo está en deuda con él.

—Me recuerda a alguien que conozco —dijo Plata y se le escapó una sonrisa por una comisura de la boca.

Victoria pareció molestarse.

—¿A mí? Yo no me parecía en nada. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. ¿A mí?

Plata se encogió de hombros con aire socarrón y se volvió hacia Doce. Su buen humor se desvaneció.

—Podías haber matado a alguien, Doce —dijo.

Doce asintió en silencio, consciente de que era cierto, e incapaz de mirar a Plata o Victoria a los ojos.

Por fin, la Anciana suspiró y se pasó la mano por el rostro.

—¿Qué hacemos con ella, Victoria?

La maestra de armas se acercó.

—Si hay alguien que sabe cuál es la mejor decisión, esa es usted, Plata. Por toda la escarcha, ha sabido cómo manejar a adolescentes bastante complicados, entre los que me incluyo.

—Mmm, bueno... Tú eres mi mayor éxito.

Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa que ponía de manifiesto el aprecio que se profesaban.

—Pero esta... —Plata dejó la frase sin terminar y meneó la cabeza. Luego, se centró en Doce y murmuró—: Oh, Doce. ¿Qué se supone que tengo que hacer contigo? Los castigos que hacen que otros alumnos depongan su actitud a ti no te hacen efecto, y sigo recibiendo al menos una queja diaria sobre tu comportamiento con los Cazadores o tus compañeros.

Doce se sintió avergonzada, pero intentó con todas sus fuerzas convencerse de que no le importaba la opinión que la mujer tenía de ella.

—Sí, Anciana Plata —aceptó, con voz más temblorosa de lo que pretendía.

—Entiendo... —empezó Plata, dubitativa— por qué eres reacia a establecer relaciones aquí, sobre todo teniendo en cuenta... Bueno..., ambas conocemos las circunstancias que te trajeron a este lugar...

Doce se tensó de horror. Plata había prometido, le había prometido cuando llegó, que no volverían a mencionar el asunto.

—Pero no estás sola, Doce —continuó la mujer—. Y desde luego, no eres la única alumna que ha perdido a su familia.

Doce apretó los dientes. Su familia no se había «perdido», había muerto, asesinada por el Clan de las Cavernas de la forma más sanguinaria.

Plata debió de fijarse en su expresión. Dejó de hablar y suspiró, mirando a Victoria en busca de apoyo.

—Eres una de las mejores alumnas en clase de combate —dijo la maestra de armas, lo cual pilló a Doce por sorpresa—. Posiblemente la mejor. Pero también eres la que con menos probabilidad superaría el Rito de Iniciación.

Doce se puso tensa, muy a su pesar.

—¿Por qué? ¡Acaba de decir que soy una de las mejores!

—Y es consciente de lo que ha dicho —explicó Plata en tono conciliador—. ¿Por qué crees que lo dice, Doce? ¿Qué sabes sobre el Rito de Iniciación?

Una vez más, Doce deseó que Victoria la hubiera llevado a cualquier otro de los Ancianos. El Anciano Escarcha le habría echado una bronca, la habría castigado a hacer una guardia nocturna en las pasarelas y se habría olvidado del asunto. El Anciano Nieve probablemente se

habría limitado a mandarle copiar una frase un montón de veces. ¿Por qué Plata tenía que tomarse tanto interés? La culpa la atormentaba.

—Eeeeh... —Doce hizo una pausa para poner sus ideas en orden—. Sé que cuando se considera que están preparados, un grupo de alumnos se interna en el Bosque de Hielo, algo parecido a lo que hacen los Cazadores cuando una aldea los llama para hacer una batida. Se les asigna una misión, y, a su regreso, se decide si ya pueden convertirse en Cazadores y elegir un nuevo nombre.

Si es que regresan.

Doce levantó la vista hacia la cabeza de ygrex que la miraba amenazante y tragó saliva. Los ygrex tenían fama de ser especialmente difíciles de derrotar. Se colaban en tu mente y distorsionaban tus recuerdos para dominarte. Se decía que Plata había combatido a esta criatura en el Bosque de Hielo durante su Ritual de Iniciación a la temprana edad de quince años. Una hazaña jamás alcanzada por una persona tan joven que sentó las bases de su imponente reputación.

—¿Y no crees que te iba a costar mucho esfuerzo? —preguntó Plata, con sus expresivas cejas levantadas hasta casi tocarle la línea del cabello—. ¿No hay ninguna parte de la misión que te preocupe?

—Si tengo mis hachas, soy capaz de cualquier cosa —repuso Doce, terca; le alegraba sentir su peso tranquilizador sobre la espalda.

Ninguno de los Cazadores tenía por qué enterarse de que no tenía intención de participar en aquel rito.

—¿Tú crees que conseguí derrotar al ygrex yo sola? —preguntó la Anciana e hizo un gesto con el mentón para señalar la cabeza de la fiera.

Doce titubeó. Según decían, eso era exactamente lo que había hecho. Plata suspiró y sacudió la cabeza.

—Las historias tienen cierta tendencia a cobrar vida propia —dijo por fin la mujer—. Si no hubiera sido por el equipo que me acompañaba aquel día, ahora no estaría aquí. Esa es la verdad. Y por eso me preocupas, Doce. ¿Quién estará en tu equipo?

Doce refunfuñó para sus adentros cuando Plata puso el dedo en la llaga.

—El combate es solo una de las destrezas que un Cazador debe dominar —dijo la Anciana con delicadeza—. Es necesario para enfrentarse a las criaturas de la oscuridad, por supuesto, pero nuestra función en el mundo está variando. Ahora pasamos más tiempo procurando mantener la paz entre los clanes que cazando. Para ello, se requiere capacidad para trabajar en equipo, paciencia, diplomacia y mente abierta. Tú no posees ninguna de esas cualidades y pareces decidida a seguir así. La última vez que estuviste aquí, si no recuerdo mal —continuó Plata—, me prometiste esforzarte más en el trato con tus compañeros. ¿Lo has hecho?

Doce tuvo una visión fugaz de la cara de Siete y se apresuró a desterrarla de su mente mientras clavaba la vista en los tablones del suelo.

A su lado, Victoria suspiró:

—No, no lo ha hecho. En mis clases, prácticamente siempre se queda sin compañero. —Alzó la voz, decepcionada—: Debería ser ella quien procurase emparejarse con los rivales más fuertes. Es aún más hábil de lo que era yo a su edad.

Doce se vio invadida por una oleada de vergüenza, amarga y profunda. Las había decepcionado.

Plata asintió e hizo a Victoria un gesto para que se tranquilizara. Alzó la voz y exclamó:

—¡Cinco, pasa, por favor!